

Mallimaci, Fortunato (septiembre 2004). *Las relaciones entre religión y política : Una mirada sociológica e histórica*. En: Encrucijadas, no. 27. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>

Las relaciones entre RELIGIÓN Y POLÍTICA

Una mirada sociológica e histórica

Las complejas y prolongadas relaciones entre religión y política han sido poco investigadas por las ciencias sociales en nuestro país. Problemas teóricos, metodológicos y el acceso dificultado a la información han dado como resultado un campo de estudios acotado y la mayoría de las veces repetitivo en sus afirmaciones.

Fortunato Mallimaci

Profesor Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Durante décadas se entendió la problemática de la relación entre religión y política como la de indagar sobre las relaciones entre las instituciones religiosas –en especial la católica– y el Estado, único espacio, se suponía, de lo político.

Como telón de fondo en esa comprensión estaban dos categorías ligadas una a la otra en las concepciones dominantes de las ciencias sociales: racionalidad modernizante y secularización. Modernización era sinónimo del paso de la sociedad tradicional a la moderna; el “desencanto” de concepciones mágicas para llegar a las científicas y el desarrollo continuo de las fuerzas productivas. Secularización significaba luchar contra lo religioso que “impedía los cambios” y llevarlo, por ende, al espacio de lo privado. Surge con el imaginario del progreso indefinido la idea de la lenta y necesaria desaparición de lo religioso.

Secularización también suponía que debía acabar la “intromisión” de lo religioso en el campo social y político. Las relaciones entre lo político y lo religioso eran una muestra de “subdesarrollo” o “anomalía” o “desviación” en el proceso de modernización.

Nuestras modernidades periféricas viven hoy procesos de desigualdad y fragmentación crecientes donde cohabitan sectores con amplios poderes, ganancias y beneficios junto a otros con cada vez menos posibilidades de vida digna y durable. Las promesas de “mejores futuros” hechos por las clases dominantes tampoco lograron la felicidad ciudadana y asistimos hoy al “desencanto del desencanto”.

La crisis de las prácticas religiosas institucionalizadas –particularmente en el seno de la Iglesia Católica– no se relaciona tanto con la desaparición de las creencias sino con un vasto proceso de reorganización y recomposición de las mismas. y con una toma de distancia con las prescripciones oficiales de la institución. Crece una descalificación de los dispositivos oficiales de acreditación del creer. Esta descalificación corroe por dentro las modalidades dominantes de afiliación religiosa a la vez que produce una recomposición de la memoria oficial que favorece reemplazos inéditos de un conjunto de referencias simbólicas que continúan siendo operativas, sobre todo, en las celebraciones de los grandes momentos de la vida o en circunstancias colectivas excepcionales o en el surgimiento de nuevos grupos cristianos o en los nuevos lenguajes de la dirigencia política.

Hoy en Argentina no se cree más o menos que en otras épocas históricas, sino de manera diferente. No estamos ante grupos religiosos “inmóviles”, “presionados”, “manipulados” refugiados en “lo privado” o “que son sólo reflejo de la infraestructura económica” sino frente a actores que se mueven, presionan, activan en todas las clases sociales, con objetivos propios de corto y largo plazo, con multiplicidad de relaciones dentro y fuera del campo religioso y que hacen uso –y abuso– de la angustia generalizada que se vive en nuestras sociedades. Creer y pertenecer, creer sin pertenecer y pertenecer sin creer forman parte de las varias opciones que hombres y mujeres encuentran hoy para dar sentido a su vida religiosa.

Pero esto no nos debe hacer olvidar el trabajo de impregnación cultural que el catolicismo ha realizado durante largo tiempo en nuestro país. Se logró así una lenta y constante catolicización de la sociedad y sus espacios públicos al mismo tiempo que se nacionalizaba –y en algunos sectores se militarizaba– el catolicismo. Hay allí un enraizamiento que organiza un universo común de creencias y que alimenta un “imaginario católico difuso” precario y severamente en competencia con otros imaginarios de la modernidad en tiempos de comunicación globalizada, pero que perdura como un capital simbólico siempre activo y disponible (y también instrumentalizable) para ser utilizado en ocasiones más o menos puntuales si logra inscribirse como una “continuidad natural” de la “verdadera tradición católica de la Patria, los valores criollos, la nacionalidad, el ser argentino no contaminado por ideologías extrañas”, etc.

Nos referimos a un activo catolicismo integralista. Es decir que penetra y ocupa el espacio estatal, público, social y político a fin de construir “en toda la vida la Argentina católica” y a un reconocimiento de lo católico como parte “constitutiva y esencial” de la identidad nacional. Movimiento católico que busca presencia tanto en el Estado como en la sociedad civil. Concepción que forma parte también –y esto es lo que le brinda el poder de nominar– de la mayoría de los líderes políticos, empresariales, militares, sindicales, culturales y sociales como del funcionariado estatal.

Esta hegemonía fue también incorporada –en un conflictivo proceso que deberá ser más investigado– por el resto de las comunidades religiosas (judías, protestantes, islámicas, espiritistas) que reconocieron a la Iglesia Católica un lugar privilegiado en las relaciones con el Estado al mismo tiempo que hacían suya una concepción pluralista y de separación de dichas relaciones. Lo nuevo en el siglo XXI es que el pujante movimiento pentecostal reclama no la separación, sino gozar de los mismos privilegios y derechos de ciudadanía religiosa que el catolicismo, exigiendo para ello leyes de libertad e igualdad religiosa. De este modo, analizar un viejo tema como la secularización significa replantearse continuamente su presencia: “La secularización no es la desaparición de la religión confrontada a la modernidad: es el proceso de reorganización permanente del trabajo de la religión en una sociedad estructuralmente impotente para responder a las esperanzas que se requieren para seguir existiendo” (Hervieu Leger).

Política y catolicismo en la Argentina

Si entonces lo religioso no es sólo lo institucional y lo político no es solo el Estado, entre lo religioso y lo político se dan tanto convergencias como conflictos, legitimidades como oposiciones, dislocaciones como encuentros.

En el caso de lo religioso, numerosas experiencias sociales, culturales, educativas e imaginarias surgen de valores y motivaciones provenientes de vivir “lo sagrado”

escapando al control y regulación institucional. Del mismo modo, lo político no se reduce sólo al Estado o a los partidos políticos sino que nuestras realidades se conforman también de múltiples redes, grupos, movimientos sociales, experiencias milenaristas y liderazgos varios.

Por eso, en la larga experiencia histórica de América Latina y Argentina lo político y lo religioso –más allá de los esfuerzos de racionalizar, controlar y rutinizar ambos comportamientos– aparecen como dos maneras de creer, de soñar, de crear promesas de futuro y sobre todo de dar sentido a los actores en su accionar cotidiano. Esta matriz común permitió y permite en América Latina y en Argentina el paso, los desplazamientos, el tránsito, el ajuste de cuentas, la recarga mutua entre un dominio y otro, especialmente cuando se juega al nivel de las analogías estructurales entre fe religiosa y fe utópica, entre promesa de liberación y promesa de salvación. Encantos y desencantos están en un lado y en el otro...

De allí la importancia de investigar tanto el enfrentamiento como las afinidades electivas de recarga recíproca entre uno y otro, de no verlo sólo como dos esferas diferenciadas, distintas y opuestas sino también como una matriz común de creencias religiosas y políticas. La pregunta no es entonces si hay relación entre religión y política sino de analizar en el corto y el largo plazo los tipos de relaciones y conflictos que se han dado. ¿Cuáles son las características propias de esta relación en Argentina?

Más allá de que la Constitución Argentina sólo menciona en su artículo segundo que el “Estado sostiene el culto católico, apostólico y romano” y que hay una tradición de libertad de cultos, las prácticas dominantes de las últimas décadas muestran al catolicismo como la religión oficial del Estado argentino. Es interesante hacer notar cómo las experiencias democráticas tanto del radicalismo (1916-1930) como del peronismo (1946-1955) trataron de contener el avance institucional (no hicieron un solo nombramiento de obispo) mientras que los gobiernos militares se caracterizaron por lo contrario (hicieron crecer el número de obispados de 8 en 1910, a 21 en 1935, a 35 en 1957 y a 60 en 1983).

Dos momentos históricos nos pueden mostrar que no se trata de “leyes universales” sino de construcciones históricas. En los años 30, la crisis del Estado y las promesas del liberalismo abrieron las puertas al movimiento católico que logra relacionar la identidad nacional con la católica, la justicia social con las enseñanzas sociales de la Iglesia, la inclusión con la armonía social y hacer del anticomunismo, el antiliberalismo y de la sospecha hacia la democracia y la “corrupta” dirigencia política, parte central de su mensaje de “Argentina católica”. El paso del Estado de Bienestar al Estado Penal; la privatización de las políticas sociales de los '90 y la crisis de representación de los partidos políticos transformados en partidos de los negocios abrió un nuevo espacio de legitimidad para la institución católica, que gana en credibilidad a partir de una intensa actividad social dado que se presenta como “la sociedad civil” –las encuestas la presentan hoy como la institución más creíble–, al mismo tiempo que el evangelismo pentecostal les disputa el espacio de las creencias religiosas a nivel popular (F. Mallimaci).

El catolicismo forma parte de la vida política argentina como un actor legítimo y legitimado donde los conflictos internos entre partidos políticos y entre civiles o militares encuentran eco diferenciado en el movimiento católico y donde los conflictos al interior del catolicismo también se resuelven con el apoyo del aparato estatal y el partidario. Un ejemplo trágico fue lo sucedido con la represión y asesinatos a militantes católicos –sacerdotes, líderes,

obispos, catequistas— ligados a experiencias populares durante 1976-1983 que fueron tanto perseguidos por el aparato eclesiástico como por el militar (E. Mignone).

El sueño del obispo o sacerdote propio, es decir el contar con tal o cual líder religioso que acompañe a tal o cual movimiento político como el utilizar simbología católica, pasa a ser “naturalizado” y necesario para la actividad política legítima. No surge de la Constitución ni de la historia de los orígenes de la República sino que es una construcción histórica con personas, fechas, símbolos y hechos concretos.

Otra característica es la fuerte presencia “antiliberal” del movimiento católico y las numerosas posibilidades que se le presentan para relacionarse con múltiples actores políticos. El antiliberalismo militante forma parte de las concepciones dominantes de aquellos católicos de acción que entienden su “misión” como preocupación moral y social y continúan con lo político para plantearse —en algunos casos— el acceso al Estado como parte integral de su concepción de construir el “Reino de Dios” aquí y ahora. Primarán en ellos sus convicciones cristianas a la “negociación” política.

Lo importante para quienes investigamos estos temas es que este antiliberalismo católico posee diversas vertientes según grupos, contextos y posibilidades de llegar a la acción. Puede ser antiimperialista, anticapitalista, antisemita, antiprotestante, anticomunista, antiyanky, negar a la democracia tildada de “formal” y oponerse a las políticas del Banco Mundial y al FMI porque empobrece los pueblos, destruye valores y raíces “criollas”, promueve el aborto y destruye la familia. La matriz común se encuentra en el documento papal del Syllabus de 1864 con su rechazo a la modernidad burguesa, liberal y comunista a fin de construir una “modernidad cristiana”.

Estos grupos católicos sólo pueden ser comprendidos en sus múltiples relaciones con otros actores políticos y sociales. No son toda la historia social del país pero ignorarlos, desconocerlos o menospreciarlos nos puede llevar a grandes errores de interpretaciones. Numerosos católicos formados en el catolicismo integralista ocupan (y ocuparán) puestos, cargos y responsabilidades en el Estado, en los gobiernos, en los ministerios, en las universidades, en los sindicatos y en movimientos sociales y políticos a partir del golpe militar-religioso-empresarial del General Uriburu en 1930. Nacionalistas católicos, nacionalistas integrales y católicos nacionalistas se disputan por el control ideológico y político del aparato estatal y en especial su presencia en las FF.AA. A ellos se debe el decreto que asciende en los '40 a las vírgenes de coronelas a generalas con sueldos que cobran hasta la actualidad y el decreto de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. El cristianismo popular del peronismo en los '40 y '50 desafía al cristianismo católico institucional, contando ambos con apoyos de los diferentes grupos católicos. Los aviones de las FF.AA. que se oponen al gobierno democrático de Perón bombardean la Plaza de Mayo en 1955 con sus alas pintadas con el símbolo Cristo Vence. Las proclamas militares y las de la oposición citan —durante décadas— a encíclicas papales o a documentos episcopales o a textos bíblicos. El gobierno del católico general Onganía con su proyecto de comunitarismo cristiano recibe una de las críticas más radicales desde el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y sus redes en barrios, fábricas, colegios y universidades. La radicalidad política militar de los '60 y '70 tiene —entre otras varias— sus orígenes en las afinidades entre una ética religiosa y el espíritu de la guerrilla.

La dictadura de 1976 muestra a obispos, sacerdotes y dirigentes católicos apoyando el terrorismo de Estado, se organiza el fichero de culto para todas las religiones menos para

la católica, se otorgan becas para todos los seminaristas de dicha religión y se crean partidas especiales para los jerarcas católicos. El gobierno democrático del '83 trata de limitar dichas relaciones pero a partir de los '90 vuelven a "naturalizarse" con las relaciones privilegiadas con el Estado del Vaticano.

Por otro lado podemos ver como las transformaciones al interior del cristianismo también repercuten en la vida social y política del país. El paso de un catolicismo de acción mirando al Estado y a las clases dominantes a otro que busca penetrar las clases populares a partir de crear nuevos movimientos sociales y/o crear disonancias con las autoridades "burocráticas" de las organizaciones allí presentes a fin de "denunciar y anunciar en una única historia el Reino de Dios" desde el mundo de los pobres y el pueblo, es una realidad que también atraviesa la historia argentina desde los '60 a la actualidad desde distintas posturas.

Este tipo de cristianismo posibilita que jóvenes se sumen a la actividad política allí donde creen encontrar semillas utópicas de una nueva sociedad más justa y más igualitaria. La ética católica les permite encontrar afinidades electivas con una radicalidad ascética que relativiza historias, autoridades y miradas de largo plazo buscando en el aquí y ahora "el nuevo cielo y la nueva tierra". La memoria del cristianismo primitivo con su deslegitimación de los poderes locales y de puesta en común de "toda la vida" aparece como "mito movilizador". La memoria de desconfianza al "mercado" que trata de presentarse como sagrado y la crítica a la acumulación de bienes aparece también como una gran dadora de sentido en la guerra entre dioses (M. Lowy). Por ejemplo, las experiencias de educación e inserción popular en los '60; la presencia sindical, estudiantil y de lucha política militar en los '70; las organizaciones de DDHH y de la sociedad civil en los '80 y los movimientos de resistencia en los '90 al neoliberalismo dan una continuidad histórica de una misma matriz puesta en funcionamiento en distintos contextos políticos como religiosos.

Analizar el contexto, las promesas, los desencantos y encantos en el cual se desarrollan las relaciones entre las religiones y lo político es fundamental dado que nos muestra, en definitiva, el tipo de sociedad en que estamos viviendo y las creencias que la alimentan y dan sentido. No hay ni esencia ni determinismos en esta relación sino múltiples actores intentando "monopolizar" su campo y extenderse sin límites a partir de las posibilidades que les brinden sus estados, sociedades y los aires de la época.

Bibliografía

- Hervieu Leger, D. (1986), *Vers un nouveau christianisme?*, CERF, París, pág. 227.
- Lowy, M. (1999), *Guerra de Dioses. Religión y política en América Latina, Siglo XXI*, México.
- Mallimaci, F. (1992), "El catolicismo argentino: del liberalismo integral a la hegemonía militar", *500 años de cristianismo en Argentina*, Nueva Tierra, Buenos Aires.
- Mallimaci, F. (2001-2002), "Religión, catolicismo y sociedad civil en Argentina: entre la nación católica y la reconstrucción plural de los lazos sociales", en *Revista Argentina de Ciencia Política*, nro. 5/6, Eudeba, Buenos Aires.
- Mignone, E. (1986), *Iglesia y dictadura*, EPN, Buenos Aires.